



# Etnohistorias de América Latina y el Caribe

Saúl Uribe Taborda  
y Heriberto Erquicia  
(Coordinadores)

**Universidad Politécnica Salesiana**

*Saúl Uribe Taborda y Heriberto Erquicia*  
(Coordinadores)

# **Etnohistorias de América Latina y el Caribe**



2022

## **Etnohistorias de América Latina y el Caribe**

© Saúl Uribe Taborda y Heriberto Erquicia (Coordinadores)

Ira edición: © Universidad Politécnica Salesiana  
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja  
Cuenca-Ecuador  
Casilla: 2074  
P.B.X. (+593 7) 2050000  
Fax: (+593 7) 4 088958  
e-mail: rpublicas@ups.edu.ec  
www.ups.edu.ec

CARRERA DE PSICOLOGÍA

Diagramación: Editorial Universitaria Abya-Yala  
Quito-Ecuador

ISBN UPS: 978-9978-10-662-4

ISBN Digital: 978-9978-10-671-6

Impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala  
Quito-Ecuador

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, junio de 2022

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores.



# Índice

---

Introducción.....	7
-------------------	---

## PRIMERA PARTE

### **Etnohistorias de América Latina, siglos XVI-XX**

La confederación izalca: un <i>altepetl</i> complejo registrado por los tlaxcaltecas en 1524 .....	13
Hugo Vladimir Díaz Chávez, Julio César Alvarado Hernández, David Calogero Messana Villafranco	
Aspectos etnohistóricos de las poblaciones indígenas de los Llanos Orientales colombianos, siglo XVI.....	53
Saúl Fernando Uribe Taborda	
Integrarse para resistir: la maladaptación de los esclavos en Antioquia y Popayán, siglo XVII.....	93
Sandra Cristina Montoya Muñoz	
Categorías étnico-raciales en Nicaragua en fuentes extranjeras desde una perspectiva decolonial (1821-1850).....	137
Ronald Soto-Quirós	
1953. Luchas y resistencias de la comunidad indígena de Izalco Abajo .....	183
Martha Marielba Herrera Reina, Heriberto Erquicia	
La Boquilla y Cartagena: historias de luchas territoriales, ciudadanía y etnicidad .....	207
Mónica P. Hernández Ospina, Orlando Deavila Pertuz	

## SEGUNDA PARTE

**Historia, derecho, género y políticas  
en América Latina, siglos XX y XXI**

Políticas educativas y vida cotidiana de mujeres amazónicas en Ecuador: casos de Orellana y Napo (1950-2020).....	237
Darwin Ítalo Chicaiza Aucapiña, William Fredy Aguilar Rodríguez, Odila Mena	
Las Cartas Pastorales de monseñor Romero en su contexto histórico .....	281
Héctor Raúl Grenni	
Exploración sobre los derechos culturales en El Salvador de posguerra.....	333
Karen Mariela Estrada Romero	
Consecuencias de la violencia estructural en la construcción de la identidad social de mujeres trans en El Salvador.....	355
Yuliana Beatriz Cienfuegos Aquino, Javier Alberto Molina Gutiérrez, Noel Salvador Lorio Meza	
Ejercicio comparativo en los estudios sobre historia de América antigua .....	391
Rocío Gress Carrasco	

# Aspectos etnohistóricos de las poblaciones indígenas de los Llanos Orientales colombianos, siglo XVI

---

Saúl Fernando Uribe Taborda  
Universidad Politécnica Salesiana de Ecuador  
sauluribe@gmail.com  
<https://orcid.org/0000-0001-7712-8334>

## Introducción

Este artículo es el resultado de una investigación etnohistórica de las poblaciones indígenas de los Llanos Orientales colombianos, su organización social y sus patrones de asentamiento en el piedemonte y las llanuras inundables de lo que actualmente son los departamentos de Arauca y Casanare de la República de Colombia. A lo largo del tiempo, las condiciones físicas y ambientales de Los Llanos configuraron un paisaje que permitió el desarrollo de importantes procesos de numerosos grupos prehispánicos. En particular, durante la época prehispánica la región de los Llanos Orientales estuvo habitada por diversos grupos indígenas que inteligentemente se adaptaron a la geografía, el clima y los distintos fenómenos sociales de esta zona. Los principales grupos que habitaron la región en la época prehispánica fueron los Achaguas y los Sálivas, ubicados en los llanos de Casanare; los Betoyes, Jiraras y Tunebos, ubicados en el Airico de

Macaguane (Arauca); los Guayupes y Saes, en los Llanos de San Juan y San Martín; y los Guahíbos diseminados en las tres regiones.

En la investigación académica de los Llanos Orientales, persisten los estudios que enfatizan su interés en la geografía, la historia, la etnología, la lingüística, la literatura y el folclor. Solo en las últimas dos décadas, y a partir del boom de la industria petrolera, se intensificó el interés por estudiar las ocupaciones prehispánicas en la región, de modo que se trata de una materia de estudio que cobra vigencia y actualidad para disciplinas como la antropología, la arqueología y la historia. En términos metodológicos, se trata de un trabajo etnohistórico, que recoge las características culturales, religiosas, políticas y económicas de los grupos señalados.

El artículo se divide en cuatro acápites. En el primero se identifican algunas de las características geográficas de los Llanos Orientales de Colombia. En el segundo, se describen los patrones culturales y las formas sociales de habitar el territorio en esta región. En el tercero, se discuten las rutas de intercambio entre los llanos y las montañas del piedemonte de la cordillera Oriental; se abordan las relaciones sociales entre los pueblos de los Llanos Orientales y se discuten las relaciones entre los pueblos andinos y los Llanos Orientales. Finalmente, en el cuarto acápite se presenta un análisis de los mecanismos de reducción de los indígenas del piedemonte cordillerano y los Llanos Orientales, las primeras expediciones europeas al territorio de Los Llanos, el sistema de encomiendas y el contacto misionero.

## **Características geográficas de los Llanos Orientales**

La región de la Orinoquia colombiana, también conocida como los Llanos Orientales, tiene una extensión aproximada de 154 193,2 kilómetros cuadrados y presenta características medioambientales homogéneas. Hidrológicamente está estructurada a partir de los ríos Arauca y Meta al norte, el río Orinoco al oriente y la Cuenca Amazónica al sur. Esta región la componen los departamentos de Arauca (80 000 hab.), Casanare (119 692 hab.), Vichada (600 000

hab.), y Meta (10 034 hab.), y posee alturas que oscilan entre los 80 y 500 m.s.n.m. (Rangel, *et al.*, 1997; IGAC, 1997). La falla geológica que se extiende paralelamente al río Meta ha creado divergencias paisajísticas y ecológicas, específicamente las que corresponden a los departamentos de Arauca y Casanare ubicados en el norte, y las que se hallan en los departamentos de Meta y Vichada al sur; en estos últimos departamentos, fisiográficamente se dividen en tres unidades de paisaje: piedemonte llanero, abanicos aluviales y altillanuras.

El Piedemonte Llanero, presenta elevaciones hasta los 500 m.s.n.m., los Abanicos Aluviales corresponden a alturas inferiores a los 400 m.s.n.m., y las altillanuras a cotas topográficas menores a los 200 (Alarcón y Segura, 1998). En las tres unidades de paisaje se presentan dos ciclos climáticos: un período de sequía que se extiende de diciembre-febrero y un ciclo de intensas lluvias entre abril y noviembre, determinando importantes procesos ecosistémicos; entre ellos, la sucesión de suelos y la iniciación de ciclos para las especies de fauna y flora. Ambos períodos climáticos determinan una región seca al oriente y una húmeda en el piedemonte, aumentando la humedad hacia el sur de la Orinoquia, acrecentando la probabilidad de que los suelos permanezcan húmedos todo el año y que otros sean de carácter estacional durante ambos lapsos (Rivero, 1983).

Los ciclos climáticos en la región de la Orinoquia también actúan como determinantes en la cobertura vegetal, influyendo en su evolución y en las características de los suelos. La particularidad de los fenómenos climáticos delimita la variedad de ambientes, propiciando la existencia de bosques, sabanas con relictos de bosque, sabanas, zurales, morichales y bosques de galería, distribuidos de acuerdo con las características de los suelos presentes en toda la región (Rangel *et al.*, 1997). Las propiedades físicas de los suelos carecen de materia orgánica y tienen una acidez bastante marcada. Igualmente contienen altos niveles de aluminio en cantidades tóxicas con una composición de cuarzo, caolinita y óxidos de hierro (Riveros, 1983), determinando tres tipos de cobertura vegetal: las sabanas inundables, sabanas estacionales y bosques de galería.



Las sabanas inundables se caracterizan por ser extensas zonas de vegetación escasa, donde predomina la presencia de rastrojos bajos, gramíneas y Ciperaceas, y en menor proporción de arbustos esparcidos. Estas áreas están destinadas al pastoreo de bovinos y en menor cantidad de equinos y otras especies. Las sabanas estacionales solo se diferencian de las inundables por su capacidad de absorción de agua, pero su vegetación corresponde a la unidad de paisaje definida como sabana. Los morichales son unidades de cobertura vegetal, que se componen esencialmente de palmas (*Mauriltia flexuosa*), en sectores de caños y bajos inundables, al igual que en zonas de transición entre rastrojos altos y bosques, también es común observar la coexistencia de este tipo de vegetación en medio de bosques de galería.

La unidad vegetal de bosques de galería está compuesta por una capa arbórea en varios estratos, desarrollada a lo largo de ríos y caños donde existen especies como: Anime (*Protium tenuifollun*), Sande (*Brosimun* sp), (*Terminalia* sp), y (*Pseudolmedia Laovigata*) (Rangel *et al.*, 1997). Este tipo de cobertura vegetal constituye el hábitat de especies faunísticas de insectos, anfibios, reptiles, aves y mamíferos, especialmente; roedores, armadillos, algunas especies de monos, venados y chigüiros, entre otras especies. A lo largo del tiempo, estas condiciones físicas y ambientales configuraron un paisaje que ha permitido el desarrollo de importantes procesos socioculturales, y la adaptación de numerosos grupos prehispánicos que ocuparon la región de la Orinoquía colombiana. En la investigación académica de los Llanos Orientales, persisten los estudios que enfatizan su interés en la geografía, la historia, la etnología, la lingüística, la literatura y el folclor. Solo en las últimas dos décadas, y a partir del boom de la industria petrolera, se intensificó el interés por estudiar las ocupaciones prehispánicas en la región, problemática de investigación muy vigente en la antropología, la arqueología y la historia colombiana.

## Grupos indígenas de los Llanos del Casanare y el Airico de Macaguane

### *Los Achaguas*

Los Achaguas hablaron el idioma arawak, fueron el grupo indígena más numeroso y el más complejo desde un punto de vista cultural. Estuvieron divididos en subgrupos, en más de sesenta asentamientos que tomaron distintos nombres locales. Los asentamientos se organizaron como villas nucleadas, patrilinealmente y distanciadas de dos a cuatro kilómetros aproximadamente entre cada una de ellas. En términos geográficos se conoce que esta población habitó en las Barinas, Barraguan y los Llanos de Apure en Venezuela; además ocuparon las riberas de las principales fuentes fluviales y las mejores zonas de caza y pesca de los Llanos del Casanare que se extendieron desde el río Casanare en el norte hasta el río Meta en el sur y oriente. Los Achaguas compartieron territorio con los pueblos Teguas y Muiscas en la cordillera oriental; en los ríos de Orinoco, Guaviare, Vichada y Meta tuvieron intercambios con los Sálivas, un pueblo que habló una lengua tairona, y en zonas menos productivas compartieron con grupos recolectores como los Guahíbos, ubicados al oriente.

En un plano económico, se podría decir que los Achaguas fueron una nación que se dedicó a la caza, la pesca, el comercio y la agricultura de corte y quema. Sobre esta última, se conoce que en las riberas de los ríos cultivaban yuca, batata, ñame, maíz, frijol y totumo. Mientras que entre los principales objetivos de su caza se identificaron aves, monos, venados y tortugas, e insectos como hormigas y gusanos. En el trabajo de Ribero (1733) se encuentra que:

(...) su ordinario sustento es el cazabe y la bebida el sucube que se hace de la misma raíz de yuca de que labran el cazabe, y aunque los ríos y quebradas abundan en pescados, no obstante, en el invierno carecen; de él, porque las crecientes no dan lugar á sacarlo. En ese tiempo suplen su falta con iguanas y tortugas que flechan con gran destreza, con micos, monos, papagayos, y tal cual vez con

algún venado ó danta; á falta de todo esto les ha enseñado la necesidad (gran maestra en las apreturas del hambre) á hacer usuales y corrientes varias especies de sabandijas asquerosas, de que pudo dar razón, por habérselas visto comer. Hay unas hormigas, no sólo en el Airico, sino en los territorios del Meta, casi del tamaño de una avispa; gusanos que se crían en los árboles, semejantes á las que llaman orugas los españoles, y otros más asquerosos que éstos, pues, son peludos y se amontonan como racimos en los árboles entre las telarañas; de todo esto hacen platillo los achaguas y de ellas se mantienen en el invierno. (pp. 327-328)

Por su parte, Gumilla (1731) señala que entre la variedad de monos que habitaron las selvas del Orinoco, los “Achaguas se desatiñan por los Monos amarillos, que llaman Araba: estos por la mañana y a la tarde hacen infaliblemente un ruido intolerable, con écos tan baxos, que causan horror” (p. 261). Así mismo, entre otras características de la caza de los Achaguas, el mismo autor apunta que:

La Nacion Achagua gasta ménos dias en volver con mucha carne de Anee asada: salen los Antes del rio á comer paja tierna: los Achaguas están sentados entre la misma paja, y saben remedar bien el éco del Ante: al tal éco responde la Anta (es lo que llamamos la gran Bestia) y ambos juntos vienen al reclamo del Achagua: éste dispará a cada uno su flecha de veneno, llamado *Curare*, y ambos caen muertos luego al punto; de modo, que si hay fortuna, en un dia se matan: en el dia siguiente se asan, y al tercero ó quarto dia ya están en sus casas cargados de carne asada, y no despreciable; porque sabe la carne de Ante á muy rica ternera. (p. 265)

En cuanto a la pesca, Rivero (1733) señala que los Achaguas desarrollaron esta práctica con arcos y flechas; práctica que según el mismo autor contó con un nivel perfección debido a que en su “tiro son muy diestros, pues se ejercitan en él desde que son niños, son innumerables los que cojen en sus pesquerías generales, función muy pansible entre los indios, y a la cual, concurre todo el pueblo” (p. 7). A estas actividades económicas, se suma el comercio, ámbito en el que los Achaguas destacaron y en el que participaron principalmente con aves de plumería, que comerciaron con los Muiscas del Altiplano. Para el de-

sarrollo de esta actividad, incursionaron en el interior del piedemonte llanero como en las selvas del sur. Igualmente, consiguieron aves de plumería a través del comercio que establecieron con los Guahíbos. Rivero (1733) describe el proceso en los siguientes términos:

Cogen un sapo vivo, al cual punzan repetidas veces con una púa hasta que le salga sangre; ponenle después entre una totuma ó vasija, y con ají y pimienta molida van cubriendo las heridas al animal, el cual rabioso con medicina tan cruel, va destilando poco á poco lo más activo de su humor revuelto con ponzoña y sangre; revuelven con esto ciertos polvos encarnados que llaman Chica, y mezclados tan inauditos ingredientes, queda hecho un barniz. Arrancan luego al papagayo las plumas; y le untan el barniz, introduciéndolo con la punta de un palito en los huecos que dejaron las plumas en la cutis, y no deja de recibir el loro su molestia, pues queda por muchos días como gallina clueca, muy encrespado y triste. (p. 9)

Entre otros objetos comerciales también se contaron artículos artesanales, víveres, perros, y pieles de jaguar. En su mayoría, estos artículos fueron intercambiados con los Guahíbos por sal del altiplano, aceite, frutos de palma, pescado y carne. Dejando a un lado la descripción de sus prácticas económicas, las fuentes documentales indican que los Achaguas habitaron en pequeños caseríos fincados por relaciones de parentesco, que comprenden una única vivienda comunal y un sitio de reunión independiente para los hombres que, con frecuencia, estuvieron rodeados por una empalizada. Simón (1626) describe a uno de estos caseríos de la siguiente manera:

Demás de la natural fortaleza que tenía el pueblo en su asiento, estaba cercado de una empalizada no muy alta, pero de maderos gruesos, troncos espinosos de palmas, tan juntos y apretados unos con otros, que apenas se podían ver por entre medias los de dentro; estaban á trechos sus troneras por donde disparar flechas. Rodeaba esta cerca otra de una honda cava, dentro de la cual estaban espesas varas hincadas en el suelo con las puntas para arriba, tostadas y agudas, cubierto todo el barranco por encima de unas pequeñas varas que sustentaban un delgado tez de tierra, sobre la cual estaba sembrada alguna yerba en partes, con que se disimulaba de tal manera

la trampa, que quien no la sabía no diera en que estaba allí, si no es á su costa, después de haber caído. Que aunque estos naturales eran bárbaros en otras cosas, en su comodidad y su defensa no había raposas más arteras que ellos. (p. 346)

Como parte de sus tradiciones culturales, los indígenas se dividieron en linajes con nombres de animales, cada uno de los cuales representó a una comunidad, de modo que:

En el punto de la creación conciben tan vilmente, que algunos piensan que descienden de unas culebras llamadas en su lengua amarizán, y pon eso llaman amarizanes á estos indios; otros que los murciélagos, y los llaman isirriberrenais, porque isirri significa el murciélago en el idioma de esta nación; á otros los tienen por descendientes de los tigres, á otros de los zorros, y á otros de otros animales y pájaros. (Rivero, 1733, p. 326)

De la misma manera, los Achaguas identificaban a sus enemigos con nombres de animales. En particular, los Caribes fueron concebidos como:

[...] descendientes legítimos de los Tigres, y que por eso se portan con la crueldad de los padres. Por esta causa del nombre *Chavi*, que en su lengua significa *Tigre*, deducen la palabras *Chavinavi*, que para ellos significa lo mismo que *Caribe*, oriundo de Tigre. Otros *Achaguas* de otras Parcialidades, ó Tribus explican mas la especie, y le dan mas alma de este modo: *Chavi* es el Tigre en su lengua; y *Chavina* es la Lanza; y de las dos palabras *Tigre* y *Lanza* sacan el nombre de los Caribes, llamándolos *Chavinavi*, que es lo mismo que *hijos de Tigres con Lanzas*: alusión ó semejanza muy propia para la crueldad sangrienta de los Caribes. (Gumilla, 1731, pp. 111-112)

Por otro lado, cada aldea tenía un jefe que a su vez obedecía a un señor de mayor jerarquía, con autoridad sobre varios caseríos. Estas agrupaciones de caseríos se distinguieron por poseer la unidad de parentesco más amplia. Según parece, el jefe más poderoso participaba únicamente en actividades que involucraron a más de un caserío, entre ellas, la guerra. Entre otras características de este género, se conoce que los Achaguas practicaron la exogamia y la po-

ligamia. Tenían tres o cuatro esposas, cada una de las cuales gozaba de los mismos derechos y cultivaba su propia parcela. Ambos sexos llevaban el cabello largo a la cintura. Entre las prendas de vestir se contaron faldas de fibra de cáñamo para las mujeres y taparrabos para los hombres.

Si bien, la sucesión del poder funcionó por línea patrilineal, no existían dentro de las tribus mayor estratificación social o distinción de guerreros. Lo que sí se mantuvo fue una pronunciada división social entre hombres y mujeres. Las reuniones en la maloca que tuvieron por objeto embriagarse, fueron una actividad exclusiva de los hombres; fueron ellos quienes, elaboran canastos, esteras y utensilios de madera; limpiaban los campos de labranza; cazaban, pescaban y ayudaban en la recolección de alimentos silvestres. Por su parte, las mujeres se encargaban de la elaboración de hamacas de fibras vegetales, redes y utensilios; recolectaban leña y agua; cultivaban la tierra; cocinaban y elaboraban casabe. Aparte de estas diferencias, hombres y mujeres se distinguían entre ellos por el grado de derroche de riqueza y el número de esclavos. Los Achaguas fueron una de las naciones que, a diferencia de la mayoría de los grupos indígenas de los Llanos, practicaron el esclavismo. Para ello, incursionaron en las tribus vecinas en busca de esclavos para luego venderlos o emplearlos bajo su servicio. La esclavitud fue una práctica que los Achaguas usaron para distinguirse. A mayor número de esclavos mayor número de sartas de discos de concha (quiripa) y otros accesorios. Sobre este detalle Rivero (1733) sostiene que:

El uso de esta quinipa es solemne; sírveles de lo que á nuestros españoles las sartas de perlas y cadenas de oro, siendo ésta su mayor gala y más estimado adorno; quien se pone más, anda con más estimación; los varones se lo ponen a la cintura y revuelta en los brazos; á las mujeres les sirve de gargantilla, de pulsera en los brazos, de cadenas en los cabellos y hay india que carga de esta manera casi media arroba, y cuanto más grande es, se tiene por de mayor estimación. Es verdad que no se limita su adorno á la quiripa solamente; usan de otros muchos dijes los Achaguas, siendo los más comunes

entre ellos las cuentas de vidrio ó avalorio; de éstos traen al cuello las mujeres todos cuantos pueden adquirir; lo mismo hacen también los varones, mostrando en este adorno su natural afeminación, especialmente los mozos; andan mucho de éstos con gargantillas y manillas de muchas sargas de cuentas, y llenos de perendengues ó zarcillos en las orejas como si fueran mujeres; muchos traen talaradas las narices por lo interior de la ternilla para el uso de sus chagaletas de plata ó abalorio. (p. 156)

La quiripa producida por indígenas especializados dentro del mismo grupo social fue utilizada en todos los llanos y regiones vecinas como patrón de valor y medio de pago. En el mismo trabajo de Rivero (1733) se ha documentado que:

Es la quiripa á manera de unas planchuelas de la forma de los reales de plata, ó moneda de vellón; su tamaño ordinario en redondo es como la uña del dedo pulgar, alguna labran un poco mayor, otra menor y otra hacen pequeña y menuda que parece puntualmente á la lentejuela de plata y oro con que suelen los españoles bordar y guarnecer los vestidos. Labrase ésta de unos caracoles especiales que se crían por estos sitios, algo medianos, pero de mucha estima, no sólo entre los Achaguas sino entre los demás indios, y ésta es la causa por la cual los Chiricoas y Guagibos, cuando cautivan á los Achaguas para macos, los venden después a trueque de caracoles. Críanse éstos en las playas de los ríos, y si todo el caracol entero sirviera de material á la quiripa fuera gran suerte, aunque es verdad que no por eso pierden nuestros ingeniosos Achaguas lo que no es á propósito para ellos; lo más duro del caracol, que cae hacia su punta ó remate, es lo que sirve para la quiripa, lo demás lo queman, y hacen de él unos polvos á manera de cal, y son más fuertes que ésta para beneficiar la yopa que usan para sus adivinanzas. (pp. 155-156)

Ahora bien, desde el punto de vista religioso, los Achaguas practicaron el politeísmo; creían en un dios supremo y en dioses de los campos, de la riqueza, de los terremotos, de la locura, y del fuego. Entre las particularidades religiosas, ellos sostuvieron que son:

[...] hijos de la tierra: es verdad, y dicen bien; pero no es así como ellos piensan; porque las almas tienen origen muy superior; y ellos

dicen, que la tierra brotó antiguamente hombres y mujeres, al modo que ahora brota espinas y abrojos (p. 113). Otras Parcialidades llevan otra sentencia, y afirman que ciertos árboles diéron por fruto antiguamente hombres y mujeres de su Nacion, que fuéron sus antepasados; y preguntándoles ¿dónde están los tales árboles, y por qué ahora no dan ese fruto? Se remiten á la sábia erudicion de los *Achaguas*, sus vecinos, amigos y maestros. (Gumilla, 1731, p. 113)

Así mismo para explicar su origen:

[...] unos fingen hijos de los Troncos, y se llaman con esa alusion Aycubaverrenais: otros ideán su estirpe de los rios, y por eso se llaman Univerrenais; y á este tono otros desatinos, en los cuales confiesa ciertamente aquella gente bárbara, que dependen de otra primera causa superior á ellos; y no dando lugar su antigua ceguedad á dar con ella, se han fingido unas causas tan viles y baxas como vimos, y otras que omito, porque se pueden inferir de las ya dichas. (Gumilla, 1731, p. 114)

A estas características se suma que los Achaguas adoraban las lagunas y en sus ceremonias tocaban flautas de caña y tambores. Creían en la adivinación y la brujería, de modo que:

[...] agoreros sí tienen muchos, y adivinadores de los sucesos futuros, ya por el canto de los pájaros, ya por el encuentro de animales terrestres, y ya por los peces que flechan en las mismas corrientes de los ríos, en lo que son diestros y admirables, como se dijo ya. De los primeros que flechan y sacan, se pronostica el bueno ó mal suceso de las pesquerías, ó de otras cosas, á lo cual concurre con sus diabólicas sutilezas el demonio, y en aconteciendo el suceso, ó algunas cosas de las que ellas pronostican, se persuaden que son los sucesos hijos de sus supersticiones. (Rivero, 1733, p. 104)

Una figura importante dentro de este pueblo fue el Piache, una especie de curanderos conocedores de las propiedades medicinales de la naturaleza circundante, quienes “no tenían más de médicos que de hechiceros y nigrománticos, á quienes hablaba el demonio tan de ordinario, como ellos unos con otros” (Simón, 1626, p. 540). El Piaché junto con los ancianos, guardaban las creencias y las tradiciones



de los Achaguas; utilizaban el yopo, un rapé narcótico preparado con la hoja de ciertos árboles para sus rituales; bebían berría, una bebida embriagante hecha con casabe fermentado con miel y agua; y chicha, un brebaje de mandioca fermentada. Los Achaguas practicaban el infanticidio femenino y entre sus prácticas funerarias se enterraban a sus muertos en tumbas selladas. Según Gumilla (1731):

La Nacion Aruaca entierra sus muertos con muchas ceremonias; y la principal es que vaya con todas armas á la sepultura, y que en ella no le cayga encima tierra alguna: para lo qual, sobre el difunto, cosa de un palmo en alto, ponen un cañizo fuerte, y sobre éste muchas hojas anchas de Plátano, y sobre todo pisan la tierra. Los Achaguas Gentiles usan el mismo rito; pero es únicamente con sus Capitanes y Caciques: con la singularidad, que la última tapa de la sepultura es de barro bien pisado, y todas las mañanas por largo tiempo embarran las grietas que abre el barro al irse secando. (pp. 199-200)

Finalmente, cabría mencionar que los misioneros que habitaron la región entre el siglo XVI y el XVIII describen a los Achaguas como un pueblo guerrero, que destacó por sus prácticas militares. Los Achaguas luchaban con lanzas, dardos, flechas envenenadas con curare, escudos y garrotes. Las principales razones que los impulsaban a la guerra se relacionaron con la búsqueda de esclavos y el pillaje tanto de aldeas como de campos de labranza. Tenían la costumbre de atacar en incursiones sorpresivas. Los caudillos de la guerra se llamaban capitanes, capaces de atraer a sus seguidores en proporción a sus victorias en dichas incursiones. Los cronistas indican que los guerreros bebían un brebaje en el cual mezclaban el corazón molido de un oponente vencido, para llenarse de valor antes de entrar en batalla. Después de matarlos, los Achaguas hacían flautas con los huesos de los brazos y las piernas de sus enemigos (Morey, 1975; Rausch, 1994).

### *Betoyes, Jiraras y Tunebos*

Al norte del territorio de los Achaguas habitaron otras tres etnias entre los ríos Casanare y Apure, en el Airico de Macaguane:

los Betoyes, los Jiraras y los Tunebos. Los Betoyes, Jiraras y Tunebos fueron agricultores que controlaron los ríos de las regiones boscosas y vivían en las fértiles regiones agrícolas de las vertientes de los Andes y los Llanos arriba; su práctica de la agricultura fue similar al de los Achaguas: utilizaron la técnica de la roza y quema para cultivar yuca, maíz, piña, y pimentón. Sin embargo, a diferencia de los Achaguas, su subsistencia dependió en mayor grado de la caza, la pesca y la recolección de alimentos, debido entre otras cosas, a las praderas estériles del oriente de los llanos bajos. Sobre las prácticas económicas de estas poblaciones, Rivero (1733) anota que:

Son estos indios, y especialmente los Giraras, grandes labranceros de la yuca y el plátano, su ordinaria comida, pero se alimentan también de carnes, por ser muy dados á la cacería, especialmente de ciervos y de jabalíes ó puercos de monte, de que hay grandísima abundancia. También comen varias especies de culebras, á las cuales solamente quitan la cabeza y última extremidad, y lo demás se lo comen, dando á todo el sainete, con el demasiado pimienta y ají, para que sea el continuo despertador de la berría. Comen también lagartos hasta el día de hoy; son estos lagartos mucho mayores que los que se crían en España, tanto, que persiguen á los pollos y se los comen; éstos son el mejor platillo, grandemente celebrado de los Airicos y Giraras; no perdonan tampoco á los ratones que se crían en el monte, y en encontrando alguno de ellos hacen el mismo alboroto para cogerlo, que si encontraran una libre ó conejo; persiguenle de mil modos hasta verle en las manos, y se lo comen tan sin asco, como si se comieran un pollo. (p. 117)

Los Betoyes, el grupo más numeroso, hablaron un lenguaje que hoy en día se cree es el Tucano; habitaron en las cabeceras de los ríos Arauca y Sarare de donde se desplazaron hacia los márgenes del alto Cravo, reubicándose en el lugar conocido como Casiabo. Por su parte, los Jiraras incluyeron varios subgrupos: Arauca, Airico, Burro, Ele y Situfo. Mientras que los Tunebos se ubicaron en los márgenes occidentales del Airico de Macaguane, principalmente en las montañas adyacentes al nevado de Guican y a los nacimientos de los ríos Casanare y San Lope.

Algunos de sus asentamientos fueron descubiertos por Jorge de Spira en las sabanas de Patute en el año 1536. Varios investigadores consideran que las diferencias entre el grupo indígena de los Laches, ubicados en las vertientes occidentales de la cordillera Oriental, y sus vecinos, los Tunebos, no existieron al principio, sino que más bien fueron resultado de la intervención de españoles, quienes dividieron y clasificaron a las poblaciones con denominaciones distintas a las suyas. Lo cierto es que ambas poblaciones además de compartir ceremonias, sitios sagrados y creencias pertenecieron a la misma familia lingüística (chibcha), tuvieron relaciones comerciales, en las que usaban la quripa, como unidad transaccional, y habitaron el mismo territorio. En la descripción que Gumilla (1731) realiza preliminarmente sobre el Orinoco, se encuentra que:

Mas abaxo entra el rio *Guanapalo*, donde está la Mision de San Juan Francisco Regis, Nacion *Achagua*. A quatro leguas entra el rio *Pauto*, que baxa del riguroso Páramo de *Ogontá*, recibe al rio *Tocaria*, *Curama* y otros, y cae en Meta. Fuera de estos rios recibe despues al rio Casare de primera magnitud, cuyo origen son los Páramos nevados de Chita. Este, ántes de entrar en Meta, recibe despues á los rios Purare y Tacoragua. Al Poniente de esos está la Mision de Pautos; y á su Norte la de Patute. Al Oriente (ya en el llano) está la Mision de San Salvador, que sirve de Puerto en Casanare, para baxar á Meta y Orinoco: entra despues en Casanare el rio Tame, que baxa caudaloso de las nevadas de Chita, y tiene á sus riberas las dos numerosas Misiones de Giraras y de Betoyes. (Gumilla, 1731, pp. 44-45)

Betoyes, Jiraras y Tunebos compartieron formas de organización; habitaron en pequeñas comunidades dispersas compuestas por una única vivienda comunal. Las viviendas de los Betoyes fueron pequeños albergues, que abandonaban con frecuencia tras la muerte de uno de sus integrantes; cada caserío contaba con un sitio de reunión que los hombres empleaban para fiestas o que sirvieron de albergue para los huéspedes. Los caseríos de los Tunebos se localizaban a distancias de hasta veintidós kilómetros uno del otro, mientras Los caseríos de los Jiraras se unían con finalidades bélicas bajo el comando de un jefe importante. Estos caudillos contaban con la asistencia de

un consejo de hombres adultos. Así mismo, los Jiraras construyeron viviendas alargadas y estrechas, que tuvieron:

[...] de ancho treinta pies y casi doscientos de longitud, y en los dos cabos hacen dos puertecillas ó boquetes tan pequeños, que casi no se puede entrar por ellos á los caneyes sino arrastrando. Todo lo demás está cerrado por todas partes, siguiéndose forzosamente tanta oscuridad que cada caney parece una zahurda de marranos. (Rivero, 1733, p. 114)

Entre algunas generalidades culturales de estas naciones, se conoce que en la comunidad de los Jiraras el jefe fue el hombre más anciano. Como parte de sus prácticas se contó la exogamia local y la división de las labores diarias según el sexo. Los hombres se dedicaban a la caza, la pesca, y la limpieza de los campos de labranza. Las mujeres se encargaban de la siembra, desyerba, cosecha y preparación de alimentos. En cuanto a los Tunebos, se ha podido identificar patrones de monogamia, a diferencia de las demás tribus. Por su parte, en los Betoyes, el nudismo fue característico, aunque los jefes usaban prendas de vestir confeccionadas con fibra de corteza. Ambos sexos pintaban sus cuerpos con decoración y protección contra el sol y las picaduras de los insectos. Fabricaban utensilios de cocina, prendas de vestir de fibra de corteza, y recipientes de totumo. En lo relativo a sus prácticas religiosas, las madres Betoyes acostumbraban a enterrar vivas a sus hijas recién nacidas, a menos que sus parientes lo impidieran, debido a que consideraron que la vida de las mujeres implicaba demasiadas dificultades. En opinión de Rivero (1733):

La india que ostenta más piedad con sus hijos, en siendo niña la que nace, la entierra viva, para que acabe los trabajos de este mundo, porque dicen que la india no nace sino para el trabajo; el conservarse vivas algunas niñas, es debido á la vigilancia y amenaza de sus propios padres. (Rivero, 1733, p. 345)

Como parte de sus rituales, los Betoyes cambiaban de domicilio cuando fallecía uno de sus miembros. Se transportaban a pie, en piraguas o canoas, debido a que creían que la enfermedad y la muer-

te lo contaminaban todo. Los Betoyes fueron una población con vivos sentimientos frente a la pérdida. Así lo expresa Gumilla (1731):

[...] en medio de todo lo referido, no he visto ni oído cosa más del caso para excitar las lágrimas y un vivo sentimiento, que el tono y cosas que los Betoyes Gentiles cantaban y lloraban a todo á un tiempo junto á la sepultura, después de haber cubierto el cuerpo, y añadido sobre él un túmulo de tierra. (p. 202)

En las ceremonias nupciales, los hombres tocaban una especie de bajones, cuyo sonido era una señal para que los demás miembros de la comunidad se acerquen a la despedida de la persona pérdida. Gumilla (1731) en un pasaje sobre este tipo de rituales señala que:

Con mucha cantidad de estos baxones concurrían los hombres convidados; y llegando á la sepultura, hacían que se asentasen los muchachos á un lado, y las muchachas á otro; tras de éstas se sentaban las mugeres, y tras de los chicos los hombres; y luego se empezaba la función, entonando la viuda ó el viudo, con voz lamentable, y mezclaba con lágrimas: *Ai asidi, marrijubi! Ay asidi!* Que es decir: *Ay de nosotros, que ya se nos murió! Ay nosotros!* Sin añadir otra palabra en toda la dilatada lamentación. Luego respondía todo el coro lo mismo en el propio tono, haciendo acorde consonancia los tenoretas y contra-altos con las voces de las mugeres y muchachos, dando un fondo muy proporcionado á la música los baxones, conjunto más acorde de lo que se podía esperar ni creer de una gente silvestre; y al mismo tiempo era un armonía tan triste y melancólica, que no tengo frase genuina con que explicarme: *vaste decir*, que aun los forasteros que no tenían porqué sentir la pérdida del difunto, al oír el arranque de la dicha lamentación, luego se acongojaban y lloraban todos los del duelo. (pp. 203-204)

En estas naciones, la chicha junto con la música formó parte de todos los festejos y ocasiones sociales. Además, dentro de este plano religioso se puede decir que los Betoyes y los Jiraras creían en un dios sol y en otras criaturas. No tenían sacerdotes ni ídolos, pero sus chamanes tomaban el rol de hechiceros para curar a los enfermos. Ambos grupos no rinden tributo a ningún ídolo:

[...] pero confiesan que hay dos dioses hermanos, uno mayor que otro en la edad; del dios hermano mayor dicen, que lo crió todo de nada, y que destruyó con el diluvio todos los hombres en castigo de sus pecados; pero que después el dios menor bajó de los cielos á la tierra á propagar el linaje humano que pereció en el diluvio, y que vivió en el mundo siendo emperador de todos. A éste atribuyen los temblores, diciendo que mueve la tierra con el impulso de su brazo. (Rivero, 1733, p. 116)

Finalmente, en términos bélicos, los Betoyes utilizaban garrotes, arcos y flechas, hachas y lanzas; parece que su principal objetivo fue la destrucción del enemigo antes que la captura de esclavos. Mientras en el siglo XVI, los Jiraras se constituyeron en un problema para los españoles; estos últimos denominaron a los primeros “gritos”, debido a la costumbre que tuvieron los Jiraras de acompañar a sus acciones de batalla junto con continuos gritos.

### *Los Guahíbos*

Los Guahíbos, también conocidos como Chiricoas, estuvieron diseminados en todo el territorio de los Llanos de Casanare, los Llanos de San Martín, y en menor proporción, en el Airico de Macaguane. Los cronistas de los siglos XVI y XVII aluden a grandes poblaciones de Guahíbos en las riberas de los principales ríos y aún, en las regiones interfluviales, que por su naturaleza fueron inhóspitas. Su lengua fue diferente al Caribe o al Arawak. Fueron los más numerosos entre las naciones recolectoras; por esta característica se convirtieron en un grupo poderoso, temido y también despreciado. Los otros grupos recolectores “abominan de su genio, usos y costumbres; y dicen que han aprendido aquel modo de vida de los monos y otros animales” (Gumilla, 1731, p. 228). Los Guahíbos fueron nómadas, no poseyeron viviendas de ningún tipo y nunca pasaban más de dos o tres días en un mismo sitio. En la noche, colgaban sus hamacas de los troncos de los árboles a la intemperie o dormían sobre el suelo desnudo, y

[...] por no inclinar sus hombros al cultivo de la tierra, se ven obligados á estar en una continua marcha, y caminar siempre de rio en rio, para lograr las frutas silvestres de las vegas; y por la misma causa, ni fabrican casas, ni tienen resguardo alguno contra los Soles, ni las lluvias. (Gumilla, 1731, p. 228)

Viajaban en cuadrillas de seis u ochos familias, bajo la dirección de un jefe, cuyo cargo heredaba su hijo mayor. Acaudillados por capitanes, subgrupos dentro de la cuadrilla conformada por lazos de parentesco, se apartaban del grupo principal para ir de cacería, aunque siempre volvían a reunirse para lanzar ataques contra otros grupos indígenas. Enterraban con prontitud a sus muertos o los dejaban abandonados a campo abierto, expuestos a servir de alimento a los animales. Rivero (1733) describe los patrones de asentamiento de los Guahíbos en los siguientes términos:

No tienen más pueblo ni lugar, ni vivienda, ni casa, que donde les coge la noche, allí cuelgan sus chinchorros ó hamacas de los árboles, y debajo hacen sus agasillos ó candeladas, para que el calor del fuego les sirva de ropa y cubierta, y así andan siempre de color prieto, y ahumados. Todas las sabanas, los montes y las orillas de los ríos son sus pueblos, su ciudad, su despensa y sus bienes patrimoniales; andan de palmar en palmar, en tropas, en busca de las frutas de las palmeras, y allí pasan dos o tres días hasta consumirlas todas; pasan después a otro, y luego á otro, y así los recorren todos, siendo la medida de sus paradas la más ó menos abundante fruta de las palmeras; no tienen más bestias de carga para llevar sus menesteres, que sus hombros y espaldas, y así andan continuamente cargados con sus ajuares, de una parte á otra, para servirse de ellos en sus paradas y estaciones. (p. 147)

Como se podrá suponer económicamente hablando supondría, los Guahíbos se dedicaron a la caza, especialmente de venado, pecarí, jaguar, puma, ratones y serpientes con arcos y flechas y otros artefactos; utilizaban palos puntiagudos para obligar a los armadillos a salir de sus madrigueras. En ocasiones prendían fuego a los pastizales en las orillas de los ríos buscando que los retoños tiernos atrajeran a los venados y otros animales. Así mismo, tan pronto la

partida llegaba a un río, los hombres se dedicaban a la caza o la pesca y las mujeres recolectaban plantas comestibles. Recolectaban tortugas, huevos de tortuga y caimanes. Otorgaban gran valor al fruto de la palma por su pulpa y aceite, que extraían e intercambiaban con otros grupos indígenas, quienes lo utilizaban para dar lustre al cabello. Fabricaban armas, hamacas, morteros, balsas, prendas de vestir, calabazos, canastos y utensilios de cocina.

Complementaban su dieta con raíces, frutas de palma, hortalizas y frutas silvestres, insectos y gusanos o larvas. En especial, la palma fue importante para los Guahíbos, según Rivero (1733) “esta es su delicia, su despensa universal y su todo; en esto piensan; esta es la materia de sus conversaciones; en esto sueñan, y sin esto no podrían tener gusto en esta vida” (p. 4). A la caza y la recolección usaban el comercio como medio de subsistencia. Con frecuencia los Guahíbos intercambiaban aceite de palma, hamacas, totumos, y esclavos, por chicha, tabaco en polvo, conchas de caracol y productos agrícolas. Además, en sus relaciones comerciales también intercambiaban información. Rivero (1733) indica que:

Cuando entran á las poblaciones, es menester revestirse de paciencia para sufrir sus impertinencias, y para aguantar sus gritos. Apenas entran al pueblo cuando lo aturden todo con su algazara y gritería, que es su estilo y modo de hablar que usan siempre; luego se divide la cuadrilla por las casas en tropas, y empiezan sus mirrayes á voz en cuello, dando noticia á sus amigos de novedades de Tierra Adentro, de lo que hay, y de lo que no hay, y de cuanto les viene á la boca, hablando á diestra y siniestra; tarea que consume muchas horas, sin acertar á callar; síguese luego el cambalache, y expenden sus géneros á precio bien corto; con unas sartas de cuentas, ó con un poco de chica ó achote, que es á manera de almagre, les suelen hacer pago de sus chinchorros y aceite. (p. 147)

A estos medios se sumó el hurto. Cuando partían de la aldea, conseguían lo que les hacía falta por medio del saqueo de los campos de labranza que se encontraban en su camino. Su superioridad numérica los hacía osados y era notable su insolencia en el trato con



las demás tribus. También fueron excelentes combatientes; bajo la dirección de su jefe, los hombres de una partida atacaban utilizando arcos, flechas y garrotes. Con la llegada de los europeos y la expansión del comercio de esclavos, pronto volvieron su atención a dicho sistema para obtener lo que buscaban. Sin darles respiro, persiguieron a los Achaguas y Sálivas, sus antiguos socios comerciales y cercanos asociados; capturaban a sus niños para venderlos como esclavos a los españoles y a los Caribes.

### **Rutas de intercambio entre los llanos y las montañas**

Antes de entrar en detalle sobre las interrelaciones que se tejieron entre las tierras altas y las tierras bajas, es importante caracterizar las principales rutas de interpenetración entre estas dos regiones según los datos etnohistóricos. Algunas de estas rutas aparecen confirmadas en el estudio que Langebaek (1985) realizó sobre mercados, población e integración étnica entre los Muisca. Mientras que en otras investigaciones se ha encontrado un primer punto de contacto entre los Andes y Los Llanos ubicada en el norte, en la región de Chita y el Cocuy, tierras de Laches y Chitareros. Por su parte Simón (1626) en su trabajo, ha dejado testimonio sobre la expedición de Espira, la forma en que llegaban a esta región y la manera de llegar hacia Los Llanos:

Fue aflojando el invierno y con esto las aguas del río, conque abrió paso por un vado apacible a la parte de arriba de los ranchos. Y así, dejándolos y pasando por allí, comenzaron a marchar por entre provincias de gente tan de diferentes naciones y lenguas, que por no llevar en el ejército algunas que le pudiesen servir de intérprete, no pudieron apercebir lo nombres; aunque pienso después los entendieron muchos por haberse hecho por allí paso común, desde la gobernación de Venezuela para este Nuevo Reino, en especial para pasar ganados porque este era el paraje de los indios Chiscas o Laches, llamados Chitas y el Cocuhí. (p. 217)

Es probable que el río Casanare fuera la ruta de intercambios utilizada por Pedro Alonso de Hoyos, quien atravesó, desde Cúcuta

por los márgenes de la cordillera Oriental. En la crónica de Simón (1626) se menciona que:

[...] habiéndoles nombrado por su caudillo a un Pedro Alonso Hoyos quien después fue poblador de la ciudad de Pamplona, se partieron del capitán Tolosa y vinieron caminando por las faldas de la serranía hasta encontrar con el río de Casanare, que baja a espaldas de los indios Laches dichos, Chitas o Cocuyes. Metiéndose por este río, fueron siguiendo sus márgenes hasta que hallaron pedazos de panes de sal y finas mantas de algodón que bajaban de este reino; en cuyo rastro vinieron a salir a los pueblos que hemos dicho y de los términos de Tunja. (p. 79)

Y esta misma ruta recorrió Antonio de Berrío cuando emprendió desde la región de Chita la expedición hacia Los Llanos:

[...] habiendo echo y conducido en ésta del Reino Antonio Berrío la más gente de soldados y servicios que pudo, tomo el año 1584 la vuelta del pueblo Chita, una de sus encomiendas cercana ya a las entradas de las provincias de su conquista. Y habiéndose reformado allí de vituallas, pasó los grandes ríos de Pauto y Casanare y el valiente de Meta, que le puso el de la candelaria. (p. 507)

Otra ruta de intercambio la constituyó el río Meta, que desciende por la cordillera al Garagoa, para recibir en el piedemonte el nombre de río Upía. Por esta ruta se accedía desde el Llano hasta las tierras del Boyacá, cacique sujeto al Tunja. La descripción de Simon (1626) sobre la expedición de los capitanes Herrera y Sedeño confirma esta posibilidad:

Trató luego para no perder el tiempo (Sedeño), con Alonso de Herrera [...] el orden que debían tener en hacer la jornada. Y habiendo conferido ellos con los demás baquianos que había de la tierra, acordaron se comenzase a hacer por el mismo río Paria hasta el paraje que dijimos de la singla, por donde entra en él de Meta, siguiendo este y dejando aquel, por parecerles según se acordaban, venían por este las mayores y más gruesas riquezas de aquellas tierras, que eran (como pocos años después se vio) cuando se descubrieron las de este nuevo Reino de Granada, que bajando por

este río Meta que nace en él como hemos dicho a las espaldas de la ciudad de Tunja en un pueblo de indios llamado Boyacá. Volaba la fama de su mucha grosedad, por la mucha sal en panes, finas telas de algodón, esmeraldas y oro que tenían todas aquellas provincias trasegadas de esta del Reino, de que e dieron evidentes muestras cuando se descubrió este Reino por el río de la Magdalena. (p. 393)

A estas rutas se suman otras que favorecieron el contacto entre los diversos pueblos de los Andes, el Piedemonte y los Llanos. Una de estas pudo ser el río Guavio que asciende hacia Gachetá, una región que parece haber sido un sitio importante de intercambios, según Fray Alonso de Zamora (1930), quien en su *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada* señala que: “Abundaba de más ídolos este pueblo de Gachetá, porque estando en él una famosa salina acudían de otros (pueblos) y mientras se aviaban de sal, se entendían en sus idolatrías, según el uso costumbres de cada pueblo” (p. 170). En cambio, al sur, específicamente en territorio Guayupe, otra ruta que permitió intercambios entre estas tres regiones fue el río Ariari. Según Simon (1626) esta ruta fue la que siguió Nicolás de Federmán cuando ascendió hasta el Altiplano desde el poblado de San Juan de los Llanos, a “cuarenta leguas al sureste de Santa Fe” (p. 499). Así mismo Aguado (1930) testimonia que Federmán:

[...] se volvió con toda su gente, a atravesar la laguna de maracaibo y a seguir su descubrimiento por la vía de los Llanos de Venezuela por donde su gobernador Jorge Espira había entrado a descubrir; el cual de industria erró en el camino, y prolongando las sierras cordilleras de la tierra del Nuevo Reino que caen sobre estos Llanos, intento diversas veces de atravesarlas, y nunca pudo, hasta llegó al paraje del pueblo de Nuestra Señora; donde al presente está poblada la ciudad de San Juan de los Llanos, y por allí mejor y más apacible par atravesar la cordillera se metió por la serranía adelante pasando por grandes montañas y sierras, y frigidísimos páramos, vin a parar a las tierras de un cacique mosca; sufragando (sic) a la ciudad de Santafé; llamado Pasca. (p. 322)

Por otro lado, entre las rutas del interior de los Llanos, caracterizados por amplios mercados regionales, se encontraron los ríos

de la región que desembocan en el Orinoco (Langebaek, 1985), y caminos que conectaban diversos poblados y caseríos. Useche (1987) en su narración sobre uno de los testigos del recorrido de Antonio de Berrio (quien venía desde Chita hacia el Alto Orinoco para reconocer la gobernación del Dorado, señala que “andando en la dicha sierra, vio este testigo que se hallaron muchos y muy seguidos caminos, con grandes poblaciones trabadas, a legua y media legua, de dos bohios y de a tres los dichos bohios muy grandes, y los más buenos que se han visto” (p. 33).

### **Relaciones entre los pueblos de los Llanos Orientales**

Los Guahibo y los Achagua compartieron amplios vínculos; no solo habitaron el mismo territorio —a pesar el carácter nómada de los primeros— sino que comprendieron una empresa común, de carácter militar:

Allí, sin más interés que la ley de amistad, (los Chiricoas) ayudan con buena voluntad a los Achaguas a desmontar sus rocerías, a fabricar sus casas, y a todo lo que les mandan y no ha sido pequeño auxilio contra naciones enemigas, [...] pues además de los buenos oficios que llevo dichos (han) sabido sacar la cara alguna vez, [...] tomando las armas contra los Chiricoas enemigos vengando la muerte de muchos de ellos la de solo un Achagua. (Rivero, 1733, p. 401)

Sin embargo, en tiempos de paz, las relaciones entre Achaguas y Guahíbos tuvieron otro aspecto. Así, en la crónica de Rivero (1733) se encuentran testimonios relativos a declaraciones de guerra que el jefe Guahíbo Chacuamare realizó contra los Achagua por considerar a estos últimos como aliados de los “Caribe”. En su relato, el citado autor sostiene que:

Es indecible la indignación y rabia que concibió este bárbaro... como la nación Achagua; la cual miraba como cómplice de esa invasión y guerra porque como los Achagua tenían amistad con los Caribe, juzgaba que debía haber sido invención de aquellos para vengarse de los hurtos que los chiricoas hacían a sus labranzas y rocerías, y que

por influjo de ellos habían acometido los Caribe. Determinó desde ese tiempo Chacuamare perseguir a los Achagua a sangre y fuego por no cebarse su crueldad... Al emprender la fuga este bárbaro, se dirigió un mirray o razonamiento contra la nación Achagua, dictado por su rencor y por la rabia de su pecho, que dependía volcanes encendidos para abrazar la tierra... Son indecibles las crueldades que ejecutó en esa gente, pues no satisfecho con destrozar a los grandes, llevaba su crueldad contra los niños a quienes cogía vivos, y con inhumana fiereza, a unos picaba los ojos con agujas, a otros los metía en unos pilones ó morteros y los hacía majar y moler como si fueran trigo, a otros los estacaba con agudos palos atravesándoles el cuerpo hasta romperles las entrañas; solo perdonaba a aquellas mujeres que le parecía bien para tenerlas por suyas. (pp. 39-40)

Esta situación se agravó con la conquista, cuando muchos pueblos —incluyéndose Achaguas y Guahíbos— fueron desplazados hacia nuevas tierras y tuvieron que disputarse el territorio y los recursos de este. No obstante, el espectro de relaciones entre los grupos étnicos de los Llanos, que giró alrededor de una serie de vínculos y alianzas, les permitió la convivencia dentro de un mismo territorio y la supervivencia ante eventuales enemigos.

## **Relaciones entre los pueblos andinos y Los Llanos**

En el siglo XVI la región del piedemonte sirvió de límite entre el territorio de los Laches, quienes ocuparon la Sierra Nevada del Cocuy, los Muisca, que habitaban el Altiplano Cundiboyacense, y otros grupos de Los Llanos. Antes de la conquista, existieron entre las sociedades de los Andes y Los Llanos diversas relaciones de intercambio. La economía de los cacicazgos Laches y Muisca se centró en la agricultura intensiva de maíz y tubérculos de altura en los valles fríos. Por su parte, las comunidades del piedemonte desarrollaron una agricultura a pequeña escala de yuca y maíz, que se complementaba con el cultivo de tabaco, ají, algodón, maní, el yopo y la coca, recolección de plumas de aves tropicales y miel. Así mismo, en estas comunidades la caza junto con la pesca fue estimada como actividades sumamente importantes, sobre todo en los meses de verano.

Gracias a los contrastes en sus sistemas de producción y en el acceso a determinados productos, los Muisca y los Lache interactuaban activamente con sus vecinos del oriente. Langebaek (1985) identifica tres mecanismos de interacción: el mantenimiento de enclaves muisca en las tierras bajas, controlados directamente por caciques de las tierras altas; el intercambio; y la incorporación de comunidades no muisca del piedemonte en las confederaciones de las tierras altas. Entre los casos más conocidos de enclaves muisca figuran Chipa, Labranzagrande, Mona, Osamena y Pisba, en el caso Muisca, mientras que, entre los enclaves de los Lache, existió el enclave de la Salina, o el Pueblo de la Sal.

Todos los enclaves muisca del piedemonte pertenecieron a la confederación de Sogamos, localizados a una distancia intermedia entre los Llanos y los valles de tierra fría. Estos enclaves sirvieron para el desarrollo de la agricultura intensiva de maíz y cumplieron funciones de mediación entre los habitantes de tierras altas y el piedemonte, Pisba es un vivo ejemplo de enclave muisca. Además del cultivo de maíz, sus habitantes producían mantas, cerámica y participaban en intercambios con comunidades del llano para obtener algodón y pieles de felino. En cuanto a las redes de intercambio, se conoce que, a lo largo del flanco oriental de la cordillera Oriental, las comunidades del piedemonte intercambiaban con los Muisca artículos de lujo y materias primas. Desde las tierras bajas hacia las altas circulaban: algodón, coca, tabaco, madera, guacamayos, pieles de felino, plumas, miel y cera de abejas, yopo y probablemente algunas cantidades de algodón sin procesar; en sentido contrario circulaba una variedad mucho más reducida de productos: mantas, adornos de oro y algunas esmeraldas. De estos artículos, el algodón fue el más apreciado por las comunidades de los Andes.

Otro producto importante en el piedemonte fue la sal. A lo largo de la cordillera se pueden identificar algunas fuentes de agua salada de carácter permanente y otras más pequeñas. Ante la falta de fuentes de sal en Los Llanos, su riqueza en la cordillera generó

lazos de intercambio desde lugares como Vijua y el Pueblo de la Sal (Sierra Nevada del Cocuy en territorio Lache) hacia Los Llanos. Estos últimos obtenían maíz y algodón hilado o en bruto a cambio de sal. Según Piedrahita (1881), esta sal circulaba a lo largo del río Casanare hacia el oriente. Uno de los atractivos de las tierras bajas del oriente para los Muisca y Laches fueron los artículos suntuarios que no se podían conseguir en las tierras altas. Gran parte de la gama de artículos que se intercambiaban con el oriente se asociaron a las actividades de especialistas religiosos; entre estos artículos se contaron: madera, yopo, papagayos y guacamayos.

Para autores como Langebaek (1985), los estrechos vínculos entre Muisca y Laches y las sociedades de las tierras bajas del oriente se explicarían por dos razones. Por una parte, el intercambio de productos como algodón, pescado, miel, etc., que servían como bienes de consumo para la comunidad en general, y en el caso del algodón, para mantener el sistema de producción textil en los Andes. Por otra parte, identifica un sentido simbólico muy particular en los productos que se conseguían en Los Llanos. Finalmente, cabría advertir que para algunas comunidades del piedemonte y del llano, los Muisca fueron conocidos y sus líderes políticos respetados. Para los Muisca, Los Llanos jugaban un papel importante económico, porque los chamanes andinos fueron ávidos consumidores de productos llaneros, como, por ejemplo, las sustancias narcóticas que usaban en ceremonias religiosas.

### **Mecanismos de reducción de los indígenas del piedemonte y Los Llanos**

La conquista en 1538 del imperio Muisca a manos de Jiménez de Quesada, determinó que el centro del dominio español se estableciera en las altiplanicies del Nuevo Reino de Granada. Los Llanos, separados de la sabana por la cordillera Oriental, se convirtieron en un territorio poco explorado hacia donde los españoles encaminaron su paso en busca de El Dorado. Con el transcurso del tiempo llegaron

nuevos grupos compuestos por capitanes, encomenderos y misioneros, quienes fundaron pueblos, se dedicaron a la cría de ganado y congregaron a los grupos indígenas alrededor de misiones.

La reducción de los indígenas permitió a los españoles ensanchar la frontera de Los Llanos desde Tunja y Santiago de las Atalayas. Fue escasa la resistencia que ofrecieron los Laches y los Tequias, que habitaban las estribaciones de la cordillera Oriental. Los grupos indígenas cultivadores y recolectores que habitaban las llanuras presentaron mayor resistencia, pero para 1650 más de 1400 indígenas tributarios estaban repartidos en encomiendas mientras muchos otros se hallaban convertidos en esclavos. Al mismo tiempo, ante el declive demográfico de los indígenas por las condiciones de explotación y enfermedades al que estaban sujetos, dominicos y jesuitas fundaron sus primeras misiones dando comienzo a un largo conflicto con el clero seglar y los colonos por el control de los indígenas.

### **Primeras expediciones europeas al territorio de Los Llanos**

El escaso interés de los españoles por el oriente colombiano en el siglo XVI se debe al fracaso de las conquistas que se emprendieron en Los Llanos. Desde la primera expedición de Jiménez de Quesada se hicieron intentos por entrar al llano, región que se creía rica en oro. Pero el mito del oro en Los Llanos resultó en expediciones sin éxito que no llevaron ni al descubrimiento de grandes riquezas ni al establecimiento permanente de colonizadores. Parte del problema de la conquista de Los Llanos consistía en que, en lugar de poblaciones densas y sedentarias, las tierras estaban escasamente pobladas con grupos nómadas que se dedicaban a la caza y la pesca. En la primera mitad del siglo XVI varias expediciones europeas habían ingresado ya por distintos frentes al territorio llanero. La expedición ordenada por Gonzalo Jiménez de Quesada con el propósito de establecer la ubicación de las minas de esmeraldas llegó hasta la provincia y señorío del cacique de Somoridoco. Desde este sitio observaron según Aguado (1930):



[...] una anchura y llanura de tierra apacible a sus ojos que, con el deseo y codicia que tenían de haber otra cosa mejor y más rica que la de la fortuna les había puesto en las manos, se les figuraba que la que veían no podía dejar de ser tierra muy próspera y de mucho valor. (p. 197)

Informado de este suceso, Jiménez de Quesada se dirigió hacia Somondoco de donde envió al Capitán San Martín con alguna tropa a explorar dichas llanuras:

El capitán San Martín siguió su descubrimiento y viendo la mala disposición de la tierra por do iba, envió a decir al general que no curase de seguirle, porque no había disposición de tierra por donde iba para poder pasar con su gente; porque, además de ser agria y doblada, era muy estéril y falta de comida. (Aguado, 1930, p. 198)

Entre tanto, los alemanes Jorge Espira, entonces gobernador de Venezuela, y su teniente, Nicolás de Federman, se encaminaron a Los Llanos en demanda de El Dorado. Federman, saliendo de la ciudad de Coro y después de visitar las provincias de Pacabueyes y Valle de Upar, prefirió seguir su descubrimiento por la vía de los llanos de Venezuela, llegando al pueblo de Nuestra Señora, donde más tarde se pobló la ciudad de San Juan de los Llanos. Desde allí remontó la cordillera e ingresó a las tierras de Pasca, y llegó hasta Santa Fe, donde entró en relación con Jiménez de Quesada.

Espira había perdido contacto con Federman al haberse equivocado de ruta. En consecuencia, envió a su capitán Montalvo de Lugo desde Coro, con el fin de dar aviso a Federman y a su gente. Montalvo entró a los Llanos en busca de Federman. Antes de llegar al pueblo de Nuestra Señora, por donde Federman había transitado, fue informado de la presencia de españoles al otro lado de la cordillera. Atravesó la cordillera y llegó a Tunja donde entabló relaciones con Hernán Pérez de Quesada, hermano de Gonzalo Jiménez de Quesada. Animado por Montalvo quien “había visto las noticias [...] de que adelante de aquella mala tierra había infinitas gentes que poseían gran cantidad de oro y plata” (Aguado, 1930, pp. 321-322).

Pérez de Quesada promovió la idea de organizar una gran expedición hacia Los Llanos para descubrir El Dorado.

Esta expedición estuvo conformada por doscientos ochenta hombres bien equipados, que formaron parte de las filas de Jiménez de Quesada, Federman, Belalcázar, Lebrón y Montalvo. La expedición además contó entre ocho y diez mil Muisca, como cargueros y ayudantes de tropa. Partieron de Santa Fe en septiembre de 1540, atravesaron los páramos de Pasca, donde sufrieron las primeras bajas por temporal de frío, para llegar al pueblo de Nuestra Señora en los Llanos.

Después de reponerse en el pueblo de Nuestra Señora, la expedición avanzó hasta el río Guanayare, cruzó el río Papamene e incursionaron en lo que se cree es la Sierra de la Macarena. Después de varias dificultades, donde murieron gran parte de los expedicionarios, los pocos sobrevivientes lograron ascender al valle de Sibundoy para integrarse a los grupos de conquistadores que años antes habían ingresado desde el Perú con Belalcázar para la conquista de lo que más tarde sería la Gobernación de Popayán.

Las relaciones entre las expediciones europeas y los grupos indígenas de Los Llanos en el siglo XVI y comienzos del XVII no parecen corresponder a la noción de conquista. Las expediciones europeas tuvieron un paso transitorio y su objetivo fue alcanzar “El Dorado”, no conquistar Los Llanos. Sus escasas incursiones no generaron un control permanente de las sociedades indígenas como sí aconteció en territorio muisca, especialmente porque fue aquí donde se instauró el sistema de encomiendas en el mismo siglo XVI.

## **El sistema de encomiendas**

La encomienda se convirtió en la institución que suavizó el período de transición entre la Conquista y la Colonia en el Nuevo Mundo. Establecida por primera vez en la española, la encomienda representaba una concesión formal de vasallos indígenas de la corona a un privilegiado conquistador o colono español. A los indígenas

se les exigía trabajar para el encomendero español y pagar tributos. En pago de tal privilegio, el español que administraba a la población indígena en nombre de la corona tenía la obligación de prestar servicio militar en defensa de las colonias, además de la responsabilidad de catequizar a las personas a su cargo.

Al otorgar encomiendas la corona buscaba dos fines: recompensar a conquistadores y colonos por su trabajo e incorporar a los indígenas a la civilización cristiana. Algunas importantes encomiendas se establecieron en el piedemonte, pero estrictamente en las faldas de la cordillera y no llano adentro. Se trataba en general de aquellas comunidades de hablas chibchas y sedentarias, que fueron dominadas por los españoles mediante el sistema de encomiendas.

Cuando las aldeas de los indígenas se encontraban muy dispersas, los españoles tenían la obligación de congregarlos en un solo sitio; así mismo, debían pagar los servicios de un sacerdote, o doctrinero, quien debía convivir con los indígenas y convertirlos al cristianismo. Pedro Rodríguez de Salamanca fue el primer encomendero de Los Llanos. En abril de 1544, Lope Montalvo de Lugo, gobernador de Santa Fe, le concedió el manejo de las poblaciones indígenas ubicadas entre el río Guacica y el río Carán. También en el mismo año se fundaron Pauto y Támara, las dos poblaciones indígenas más antiguas de Casanare.

El impacto de la conquista, el trabajo excesivo, además del empleo de los indígenas en las minas de Pamplona, exigieron un enorme sacrificio en vidas humanas, si bien la principal causa de muerte se atribuye a las epidemias. Los mismos factores diezmaron la población indígena de Los Llanos, aunque el impacto de las epidemias está todavía por documentarse; la reducción de la población ocurrió a un ritmo más lento debido al aislamiento geográfico. La esclavitud y la violencia desenfrenada escoltaron la disminución de la población indígena en los llanos del Casanare, San Juan y San Martín. Algunos grupos indígenas, que en un principio estuvieron dispuestos a reci-

bir a los españoles pacíficamente, en ocasiones tomaban represalias cuando eran maltratados.

De los muchos ejemplos de la crueldad española que registró el jesuita Juan Rivero, quizá el más destacado fue la entrada, en 1606, del capitán Alonso Jiménez contra cuatro mil Achaguas que habitaban las orillas del río Meta. Los indígenas dieron la bienvenida a Jiménez y sus hombres cuando llegaron a su localidad. Jiménez les pidió edificar una iglesia donde podrían aprender la doctrina cristiana. Una vez terminada la iglesia, los indígenas se reunieron en su interior, acto seguido Jiménez cerró las puertas y ordenó a sus soldados atacar a los indefensos indígenas. Después de asesinar a muchos de ellos, encadenaron a los demás enviándolos en canoa río arriba a las minas, donde encontraron la muerte. Rivero (1733) deja patente el terror que tenían los indígenas a los conquistadores:

Todavía están vivas las memorias, aún en lo más retirado del Airico, de las tiranías y opresiones que ejecutaron con los indios estos establecedores de la paz, no obstante haber pasado más de ciento veinte años. En su fantasía creen oír los estallidos de la pólvora y el estruendo militar, y ver las argollas y dogales, pues todo esto se imprimió de tal manera en su cortedad y pequeñez de ánimo, que aun en los arcabucos y malezas les parece no estar seguros de los antiguos invasores; los troncos se les figuran soldados, las ramas arcabucos y lanzas, y el ruido de los árboles al soplo de los vientos les parece el de un ejército que se acerca. Tal fue el terror de estos pobres bárbaros, producido por la tiranía de los conquistadores. (p. 22)

El tráfico de esclavos era frecuente, los españoles vendían sus prisioneros a los colonos de la localidad quienes los empleaban en los obrajes o en el trabajo doméstico. Indígenas Guahíbos y Caribes cooperaban en el tráfico, incursionando en las aldeas de los Achaguas y de los Sálivas, capturando a sus habitantes los que intercambiaban por mercaderías con los españoles. A Brasil y la Guyana Holandesa también se llevaban a los esclavos de Los Llanos ya que en estos territorios existía una gran demanda de trabajadores para las plantaciones. En el siglo XVII, los Achaguas y los Sálivas se convirtieron

en las principales víctimas del tráfico de esclavos. Para 1664, estos pueblos, afluían a las misiones jesuitas huyendo del hambre. Con la llegada de la temporada seca, se veían obligados a huir y refugiarse en los bosques sin poder encender hogueras para preparar sus alimentos, tratando de evitar su captura. Cuando salían de los bosques al comienzo de la temporada de lluvias, encontraban sus campos de labranza saqueados por los Guahíbos.

En Los Llanos los “repartimientos” de indios fueron escasos. Las pocas encomiendas que se concedieron fueron poco productivas, en virtud de las dificultades que los españoles encontraron para controlar a los indígenas tributarios y otras razones de índole estructural relacionadas con las formas de ocupación del espacio y de aprovechamiento tradicional de los recursos de la región. La administración de estas encomiendas fue delegada en algunos casos a mayordomos que carecían de poder efectivo para su control y funcionamiento. En otros casos, surgieron prolongados pleitos y disputas entre los encomenderos. Pero otras causas también contribuyeron históricamente para hacer impracticable allí esta institución de la encomienda. Los indios se defendieron activamente frente a las formas de control y de dominación que se pretendieron instaurar, las sublevaciones indígenas constituyeron una respuesta frente al intento de los invasores por instaurar un nuevo orden.

### **Las misiones religiosas y el poder eclesíastico**

La expansión de los religiosos en Los Llanos se inició junto a la organización de expediciones españolas, de las que surgieron tres ciudades ubicadas en el piedemonte: Santiago de las Atalayas (1588), San José de Pore (1644) y Santa Rosa de Chire (1672). Estas ciudades sirvieron de plataforma a los misioneros para el contacto con las comunidades de las llanuras. Para 1650 la misión tomaba el lugar de la encomienda y la doctrina como el principal sistema utilizado en las regiones de frontera para atraer a los indígenas al cristianismo. Las políticas reales mostraron preferencia por las misiones como la

forma más adecuada para poblar, defender y desarrollar la frontera oriental en detrimento de los asentamientos de colonos. La responsabilidad principal con respecto a la exploración de nuevos territorios, la reducción de los indígenas a pueblos, la edificación de iglesias y caminos recayó en los misioneros.

La decisión de fomentar el establecimiento de misiones en los Llanos se originó durante la presidencia de don Diego de Egues (1662-1664), quien constituyó la Junta de Propaganda Fide, integrada por el arzobispo, el provisor, el vicario general, los preladados de cada una de las órdenes religiosas y el Oidor de mayor jerarquía de la Audiencia. El 12 de julio de 1662, con el propósito de brindar estímulos a la conversión de los indígenas, la Junta dividió los Llanos en cinco territorios de gran extensión asignando la responsabilidad de cada sector a una orden religiosa diferente. El 18 de julio, Egues reforzó tal decisión al prohibir a los gobernadores emprender entradas, o expediciones con soldados, o permitir a otros hacerlo. Dispuso que todos los indígenas bautizados estuvieran sujetos a la protección del reino y ordenó colocar reproducciones del escudo de armas del rey en todas sus aldeas con el propósito de impedir que los colonos los sometieran a la esclavitud.

A cinco órdenes religiosas se les brindó la oportunidad de establecer en Los Llanos su dominio sobre los indígenas: dominicos, franciscanos, agustinianos, recoletos y jesuitas. Entre 1662 y 1767, estas órdenes llevaron a cabo sus comisiones con resultados variables. Los franciscanos se encargaron de hacer prosélitos entre los indígenas de las llanuras, a los recoletos se les asignó el sur del Meta y a los jesuitas el Casanare. A diferencia de los jesuitas, ni los franciscanos ni los recoletos produjeron en sus filas un historiador que registrara sus hazañas. Si se tiene en cuenta que muchos documentos fundamentales se extraviaron o fueron destruidos, se desconoce el protagonismo de dichas órdenes en Los Llanos.

Los agustinianos enfrentaron escasas dificultades en Casanare. Con anterioridad al convenio de 1662, la orden ya atendía a los

Tunebos y Jiraras en Chita, Támara, Paya, Pisba, La Salina, Guativa, Guaseco, Morcote, Labranzagrande y Chámeza; el pacto solo hizo confirmar su presencia. Con posterioridad a la firma del convenio solo fundaron una misión en 1678, Sácama, en la vertiente oriental de la cordillera, si bien en 1736 trasladaron Guaseco a un mejor sitio, dándole en nombre de Ten. Los jesuitas se encargaron de atender a los Jiraras en Tame, los Achaguas en San Salvador de Casanare, y los Tunebos en Paute. Otras tres reducciones de los jesuitas se comenzaron a establecer en Macaguane, San Ignacio y San Joaquín de Atanare, pero fracasaron, assoladas por la viruela y la hostilidad de los Guahíbos, aunque en 1676 se fundó de nuevo la población de Macaguane. El nombramiento en 1715 de Joseph Gumilla en la misión de Tame y Casanare fue el inicio de una ofensiva que fundó misiones en el Meta entre los ríos Cusiana y Cravo Sur y a lo largo de las riberas del Orinoco Medio.

Después de llegar a Tame, dedico un año a aprender la lengua betoy, en la cual escribió una gramática y un diccionario, para luego reducir a un grupo de betoyes en San Ignacio de los Betoyes, en la ribera oriental del Casanare, a unas tres leguas de San Salvador. Betoyes fue la última misión jesuita establecida en Casanare, región que en 1767 albergaba siete reducciones con una población de 5420 indígenas. Gumilla era el superior de los jesuitas en Casanare (1723-1730) cuando la Compañía empezó a mostrar interés en los Achaguas y Sálivas a lo largo del río Meta. En 1723, los Jesuitas fundaron San Francisco Regis de Guanapalo que, con el tiempo, se trasladaría a otro sitio y adoptaría el nombre de Surimena. En 1727, Nuestra Señora de la concepción, también trasladada de lugar varias veces y llamada Jiramena después de 1756. En 1732 bautizaron a los Sálivas en San Miguel de Macuco y, en 1746, Casimena, poblada por indígenas Guahíbos. Se establecieron hatos en Macuco, Surimena y Casimena con ganado proveniente del Casanare con el propósito de surtir de carne a los nuevos conversos.

Los Guahíbos representaron una continua amenaza para las misiones. Según narra Rivero, erraban por el territorio, despojando a otros grupos de aquello que les hacía falta. Los misioneros no tenían la capacidad de detener sus incursiones en territorio de los Achaguas y Sálivas para capturar esclavos. En 1668, los Guahíbos dirigidos por un cacique de nombre Bacacore, sitiaron durante un mes la misión Jesuita de San Joaquín de Atanare, localizada a orillas de un tributario del Orinoco. Sus continuos ataques obligaron a los misioneros a abandonar el sitio y trasladar a los indígenas a la misión de San Salvador del Puerto. A lo largo y ancho de Los Llanos, españoles e indígenas a la par consideraban a los Guahíbos el grupo indígena más temible y, Rivero les atribuye haber contribuido al aniquilamiento de la población Achagua hacia 1720.

En el período comprendido entre 1662 y 1767, los franciscanos establecidos en los Llanos de San Juan y San Martín, y los agustinianos, recoletos y jesuitas, en Casanare, habían reducido a 14 838 indígenas congregándolos en treinta y una misiones. Los misioneros apelaron a la persuasión pacífica para convertir a los indígenas al cristianismo. Los incentivos materiales demostraron ser más eficaces que los halagos espirituales. Gumilla sostenía que, en Los Llanos, los misioneros estaban obligados a demostrarle a los indígenas que la vida en un poblado cristiano era preferible a sus antiguas costumbres. Entre las técnicas que recomendaba Gumilla, estaba la de predicar en la lengua de los indígenas; emplear nativos bautizados para servir de intermediarios; hacerles obsequios de hachuelas, machetes, abalorios, cuchillos y anzuelos; y persuadirlos de establecerse en un pueblo ofreciéndoles tierras de buena calidad, herramientas y atención médica. No obstante, los misioneros también recurrieron a la violencia cuando sus pacíficas propuestas encontraron rechazo. Eran continuas las acusaciones en tal sentido si bien su comprobación era difícil.

El patrón seguido para el establecimiento de una misión fue por lo general el siguiente: Una vez logrado el consentimiento de algunos indígenas para ser bautizados, los clérigos se dedicaban a la



tarea de organizar poblaciones. Por lo general, escogían un lugar en inmediaciones de un río que brindara tierras fértiles y facilitara las comunicaciones con otros asentamientos. Las reducciones tenían una alta movilidad, si el lugar escogido en un principio resultaba ser inadecuado, trasladaban el pueblo a un sitio mejor. La primera vivienda que los indígenas fabricaban era la destinada al cura quien la utilizaba como lugar de residencia e iglesia. A medida que la comunidad crecía, los indígenas construían una iglesia apropiada utilizando el bahareque, hojas de palma, o solo con palmas. El arreglo de la iglesia con los ornamentos, estatuas, cuadros y campanas exigidos por la religión católica era motivo de orgullo y se lograba con el transcurso de los años.

Las misiones de los jesuitas seguían un diseño clásico: en torno a la plaza central se levantaba la iglesia, la casa de gobierno, los graneros públicos y la vivienda del cura. Desde la plaza se extendían calles en ángulo recto. Los indígenas edificaban sus viviendas, en ocasiones de un tamaño adecuado para albergar a varias familias, utilizando materiales de la localidad. Los hombres se vestían con calzones de lino y camisas de algodón a manera de ponchos, con un agujero en el centro para la cabeza. Las mujeres usaban una especie de botón que colgando de los hombros dejaba los brazos al descubierto y llegaba a la pantorrilla. En las misiones de los franciscanos, durante la semana los indígenas vivían en las cercanías de sus campos de labranza, regresando al poblado los fines de semana para cumplir con sus obligaciones religiosas. Usaban prendas hechas en fibra de palma, similares en diseño a las de sus congéneres de Casanare.

Los misioneros apelaban a los métodos desarrollados en las doctrinas para la enseñanza religiosa de los indígenas. Aprendieron las lenguas indígenas y escribieron diccionarios y gramáticas con el propósito de poder enseñar el catecismo y las frases en latín de la misa a los indígenas en su propio idioma, a los que bautizaban una vez les explicaban los dogmas esenciales para la salvación de sus almas:

[...] empezaron su apostolado discurriendo por las serranías en busca de los esparcidos indios; entrábanse por sus tierras y caneyes,

distantes unos de otros muchas leguas, de montes y precipicios, juntaban á los niños que podían, y les enseñaban la doctrina cristiana en su lengua propia; pasaban luego á los adultos, para desbistar su rudeza como de duros troncos, enseñábanles la doctrina, y los instruían principalmente en los misterios necesarios para recibir el bautismo. (Rivero, 1733, p. 70)

Los misioneros lograron resultados aceptables al impedir la explotación inhumana de los indígenas por parte de los españoles, pero al mismo tiempo contribuyeron de diversas formas a la destrucción de la cultura nativa. Los indígenas que vivían en las misiones con frecuencia estaban más expuestos a contraer enfermedades, por ejemplo, en el siglo XVII, los conversos de las misiones sufrieron el embate de por lo menos diez epidemias. Rivero (1733) se refiere a los estragos causados por una de ellas:

Sobrevínoles una disentería de tan malignas cualidades, que hizo muchísimo estrago no sólo en los Airicos de Macaguane, sino en los demás pueblos y naciones: vino esta enfermedad de Tocaría á la población de Pauto, de aquí pasó a Casanare, después al pueblo de Tame, de donde pasó por último á la reducción de Macaguane y Airicos, y cierto que causaba compasión el ver esta miserable gente por ese tiempo en tan terrible desamparo; cada caney ó casa parecía un hospital más bien que casa de habitación, por los muchos enfermos, sin más amparo y medicinas que la Divina Providencia, que los dejaba morir entre dolores cruelísimos de las entrañas, para sus secretos fines. Fue tan excesiva la epidemia, que en el espacio de dos meses murieron más de trescientos indios. Como eran tantos los enfermos, era notable el desamparo, sin haber padres para hijos, ni hijos para padres, impedido cada uno con su propia dolencia, y aunque quisieran atenderlos los que restaban sanos, no les era posible acudir á su consuelo, porque ocupados ya en abrir sepulturas, y ya en enterrar á los que morían, no les quedaba tiempo, ni aún para poder respirar. (pp. 140-141)

El traslado forzado a las reducciones y la huida para escapar a la influencia misionera dieztaba las tribus. Los clérigos imponían restricciones a la caza y la pesca exponiéndolos a la desnutrición. La

tasa de natalidad en las misiones bajó, ya que las mujeres indígenas no se mostraban dispuestas a tener hijos. Los misioneros fueron conscientes de una grave y general disminución de la población durante los siglos XVII y XVIII, empero eran impotentes para modificar los factores que contribuían a dicha situación. Pese a todos los inconvenientes, a mediados del siglo XVIII, la zona de frontera misionera había alcanzado una gran estabilidad a lo largo y ancho de Los Llanos. Las comunidades religiosas habían sometido a los indígenas a la autoridad española, protegiéndolos de los encomenderos. El éxito alcanzado con las reducciones y misiones lo atestiguan los antiguos pueblos de indios que, al ser sometidos al régimen de doctrina, se convirtieron con el paso del tiempo en parroquias, adquiriendo la categoría de pueblo o ciudad durante la Colonia y, en algunos casos, la de municipio durante el periodo republicano.

## Conclusiones

Al término de este trabajo se puede concluir que los Llanos Orientales comprenden características biofísicas que dan lugar a una diversificación de recursos naturales que los diferentes grupos humanos, que controlaron este territorio, supieron emplearlos para desarrollar un sinnúmero de prácticas económicas. Lo que hoy es un polo extractivo, principalmente de petróleo, fue en tiempos prehistóricos un sitio sagrado para pueblos ancestrales como los Achaguas, Betoyes, Tunebos, Jiraras y Guahíbos, quienes imprimieron sobre la naturaleza una serie de atributos religiosos. Independientemente de las diferencias entre grupos indígenas señaladas, existen patrones culturales en común; en especial compartieron cosmogonías y ritos compartidos. Sin excepción alguna, estos grupos fueron politeístas, atribuyeron a la naturaleza diversas propiedades místico-religiosas. Así mismo compartieron en común prácticas de hechicería; atribuyeron a los brujos-curanderos un lugar distinguido en sus formas religiosas y practicaron el infanticidio.

Los intercambios comerciales junto con los lugares de paso compartidos permiten entender otras características comunes, como por ejemplo el uso de determinadas técnicas tanto en la agricultura como en la caza o en la pesca. Al menos, estas prácticas tuvieron su grado de similitud entre los Achaguas, los Betoyes, los Tunebos y los Jiraras. Independientemente de las formas de esclavismo de los Achaguas, podría decirse que estas sociedades compartían patrones de asentamiento y control del territorio a partir de múltiples caseríos que se reunían por objetivos bélicos. De estos pueblos, únicamente los Guahíbos representan un caso singular. Conocidos por su número, eran respetados y temidos. Esta nacionalidad utilizaba el robo, el esclavismo, el pillaje como medios de subsistencia. En lugar de controlar el territorio estableciendo caseríos, migraban constantemente hacia distintas aldeas, donde desataban el miedo, la ira y la impotencia. Por su gran número y su habilidad en el campo, este pueblo se distinguió por sus acciones bélicas.

## Referencias bibliográficas

- Alarcón, J. y Segura, L. (1998). Rescate arqueológico en el municipio de Aguazul, Casanare. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales FIAN, Banco de la República Santafé de Bogotá D. C. Bogotá.
- Aguado, P. (1930). *Recopilación historial resolutoria de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada de las Indias del Mar Océano*. Espasa Calpe.
- Gumilla, J. (1731). *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*. Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela.
- Langebaek, C. (1985). *Cuando los muisca diversificaron la agricultura y crearon el intercambio*. Banco de la República.
- Morey, N. (1975). *Etnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos*. Universidad de Utah.
- Piedrahita, L. (1881). *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Imprenta de Medardo Rivas.

- Rangel, J.O. y Velázquez, A. (1997). Métodos de estudio de la vegetación. En: J.O. Rangel Ch, Lowy. P. y Aguilar. M. 1997. Colombia Diversidad Biótica II.
- Rausch, J. (1994). *Una frontera de la sabana tropical: Los llanos de Colombia 1531-1831*. Banco de la República.
- Rivero, J. (1733). *Historia de las misiones de los llanos del Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia.
- Simon, P. (1626). *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Casa editorial de Medardo Rivas.
- Useche, M. (1987). *El proceso colonial en el Alto Orinóco-Río Negro*. Banco de la República.
- Zamora, A. (1930). *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*. Editorial Sur América.